

El fantasma de las palabras

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The sentence*
En cubierta: ilustración de © Raúl Allén
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Louise Erdrich, 2021
All rights reserved
© De la traducción, Susana de la Higuera Glynne-Jones
© Ediciones Siruela, S. A., 2022
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-19419-11-8
Depósito legal: M-20.780-2022
Impreso en Anzos
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Louise Erdrich

El fantasma de las palabras

Traducido del inglés
por Susana de la Higuera Glynne-Jones

Siruela

Nuevos Tiempos

*A todos los que han trabajado en Birchbark Books,
a nuestros clientes y a nuestros fantasmas*

*Desde el momento en que naces
hasta el momento en que mueres,
cada palabra que pronuncias
forma parte de una larga oración.*

SUN YUNG SHIN,
Unbearable Splendor

DÍA TRAS DÍA

De la Tierra a la Tierra

Cuando estuve en la cárcel, recibí un diccionario. Me lo enviaron con una nota. «Este es el libro que yo llevaría a una isla desierta». Después, me llegarían más libros de parte de mi profesora. Pero, como ella bien sabía, este resultó ser de inagotable utilidad. La primera palabra que busqué fue la palabra «sentencia». Me había caído una implacable sentencia firme que acarreaba una pena de sesenta años de los labios de un juez que creía en la vida después de la muerte. Así que la palabra con su *ce* bostezante, las pequeñas y beligerantes *es*, la susurrante y sibilante *ese* y las dos *enes*, esta palabra repetitiva e insidiosa, hecha de letras astutamente punzantes que rodeaban a una aislada *te* humana, estaba en mis pensamientos en cada instante de cada día. Sin lugar a dudas, de no haber llegado el diccionario, ese vocablo ligero que pesaba sobre mí me habría aplastado por completo, a mí o a lo que quedaba de mí después del acto tan extraño que había realizado.

Yo me encontraba en una edad peligrosa cuando cometí el delito. Aunque había cumplido ya los treinta, todavía me aferraba a las actividades físicas y a los hábitos mentales de una adolescente. Corría el año 2005, pero me iba de fiestas, bebía y me drogaba como si estuviera en 1999 y tuviera diecisiete años, aunque mi hígado se empeñara en intentar decirme que estábamos una furiosa década más tarde. Por muchas razones, yo aún no sabía quién era. Ahora que tengo una idea más clara, os diré esto: soy una mujer fea. No soy el tipo de fea sobre la que los tíos escriben o hacen películas, donde de repente tengo un estallido de belleza, cegador e instructivo. Mi vida no va de momentos didácticos. Tampoco soy hermosa por dentro. Me gusta mentir, por ejemplo, y se me da muy bien vender a la

gente cosas inútiles a precios que no pueden pagar. Por supuesto, ahora que estoy rehabilitada, solo vendo palabras. Colecciones de palabras entre tapas de cartón.

Los libros contienen todo lo que vale la pena saber, salvo lo que en última instancia importa.

El día que cometí el delito, estaba tumbada a los delgados y blancos pies de Danae, mi amor platónico, intentando lidiar con un enjambre de hormigas que se me habían metido por dentro. Sonó el teléfono y Danae se llevó a tientas el aparato al oído. Escuchó lo que le decían, dio un respingo y gritó. Apretó el teléfono con ambas manos y frunció el gesto. Después, abrió los ojos como platos.

—Ha muerto en los brazos de Mara. ¡Ay, Dios mío! ¡No sabe qué hacer con el cuerpo!

Danae arrojó el teléfono y se abalanzó de nuevo sobre el sofá, chillando y propinando golpes con sus largas y delgadas piernas y brazos. Me arrastré debajo de la mesita de café.

—¡Tookie! ¡Tookie! ¿Dónde estás?

Me deslicé sobre sus cojines de alce e intenté tranquilizar a mi desquiciada amada, acunándola y apoyando su soñolienta cabecita rubia en mi hombro. Aunque ella era mayor que yo, Danae era larguirucha como una aterciopelada «premujer». Cuando se acurrucó contra mí, sentí que mi corazón se desbocaba y me convertí en su escudo protector frente al mundo. O tal vez el término «baluarte» ofrezca una imagen más precisa.

—Tranquila, estás a salvo —le dije con mi voz más ronca. Cuanto más lloraba, más feliz me sentía—. Y no lo olvides —proseguí, complacida por su indefenso sollozo—: ¡eres toda una ganadora!

Dos días antes, Danae había conseguido un premio en el casino, uno de esos que solo te tocan una vez en la vida. Pero era demasiado pronto para hablar del bienaventurado futuro. Danae se estrujaba el cuello, como si quisiera arrancarse la tráquea, mientras se daba golpes con la cabeza contra la mesa de centro. Llena de una fuerza asombrosa, rompió una lámpara e intentó cortarse con un trozo de plástico. A pesar de que tenía un millón de motivos por los que vivir.

—¡A la mierda los premios! ¡Lo quiero a él! ¡A Budgie! ¡Oh, Budgie, mi alma!

Me tiró del sofá a empujones.

—Él debería estar conmigo, no con ella. Conmigo, no con ella.

Llevaba escuchando esa airada cantinela todo el mes. Danae y Budgie habían planeado huir juntos. Un derrocamiento completo de la realidad. Ambos habían afirmado que habían entrado a trompicones en una dimensión paralela de deseo. Pero entonces el viejo mundo los machacó. Un día, a Budgie se le pasó la borrachera y volvió con Mara, que no era tan mala persona. Por ejemplo, se había desintoxicado y se mantenía limpia, sin drogarse. O eso pensaba yo. De momento, era posible que el esfuerzo de Budgie por volver a la normalidad hubiera fracasado. Aunque lo normal sea morir.

Danae se puso a chillar.

—¡No sabe qué hacer con el cuerpo! ¿Qué, qué, qué pasa?

—Estás desquiciada por el dolor —le dije.

Le di un paño de cocina para que se secara las lágrimas. Era el mismo paño con el que yo había intentado matar a las hormigas a pesar de que sabía que eran una alucinación mía. Se llevó el trapo a la cara mientras se balanceaba de delante atrás. Traté de no mirar las hormigas aplastadas que le goteaban por entre los dedos. Todavía movían sus diminutas patas y agitaban sus frágiles antenas. Una idea se apoderó de Danae. Se estremeció y se quedó paralizada. Después, torció el cuello, me fulminó con sus grandes ojos rosados y pronunció estas escalofriantes palabras:

—Budgie y yo somos uno solo. Un solo cuerpo. Yo debería tener su cuerpo, Tookie. ¡Quiero a Budgie, mi alma!

Me arrastré hasta la nevera y busqué una cerveza. Se la llevé, pero me apartó el brazo de un manotazo.

—¡Este es un momento en que debemos mantener la cabeza despejada!

Me tomé la cerveza de un trago y dejé muy claro que era el momento de emborracharse.

—¡Estamos jodidas! Lo que es un disparate es que ella, que no quiso follar con él durante un año, ahora tiene el cuerpo divino de Budgie.

—Tenía un cuerpo corriente, Danae. No era ningún dios.

Ella ya no me escuchaba y las hormigas eran seres de fuego; me estaba rascando los brazos hasta dejarlos en carne viva.

—Vamos a ir allí —declaró Danae. Sus ojos ahora eran de un rojo incandescente—. Vamos a ir allí como los malditos marines. Vamos a traer a Budgie de vuelta a casa.

— Ya está en casa.

Se dio varios golpecitos en el pecho.

— Yo, yo, yo soy su casa.

— Me marcho.

Gateó hacia la puerta rota. Entonces llegó la sorpresa.

— Espera. Tookie. Si me ayudas a conseguir a Budgie, a traerlo aquí, puedes quedarte con el premio que gané. Estamos hablando del sueldo de un año, eh, de una profesora, cielo. ¿Tal vez de una directora? Eso son veintiséis mil pavos.

Me quedé paralizada en el pegajoso felpudo, pensando a cuatro patas. Danae percibió mi estado de estupefacción. Retrocedí, me di la vuelta bocarriba y miré sus rasgos de algodón de azúcar al revés.

— Te los doy encantada. Solo me tienes que ayudar, Tookie.

Había visto tanto en su gesto. El destello chispeante, las norias de papel de aluminio y algo más. Los cuatro vientos recorriendo un mundo verdoso de trenzado ancho. Las hojas presionándose hasta formar una tela de mentira, nublándome la vista. Nunca había visto a Danae ofrecerme dinero. Ninguna cantidad de dinero. Y esa cantidad podía solucionarme la vida. Resultaba inquietante, conmovedor, y era lo más importante que jamás había sucedido entre nosotras.

— Ay, cielo.

La abracé y ella resolló como un peluche. Abrió su boca húmeda dibujando un mohín.

— Eres mi mejor amiga. Puedes hacer esto por mí. Puedes traerme a Budgie. Ella no te conoce. Mara nunca te ha visto. Además, tienes el camión frigorífico.

— Ya no. Me despidieron de North Shore Foods —repuse.

— ¡No! —vociferó—. ¿Qué pasó?

— A veces me ponía la fruta.

Me metía melones en el sujetador y ese tipo de cosas cuando entregaba la fruta y la verdura. Pepinos en los pantalones. Bueno, tampoco era para tanto. Mis pensamientos se desbordaron. Como siempre que tenía un trabajo, había hecho una copia de las llaves. Cuando inevitablemente me despidieron, entregué las llaves viejas. Guardé la copia en una caja de puros, claramente etiquetada con su uso. Recuerdos de mi empleo. Era solo una costumbre. No tenía pensado hacer ninguna travesura.

— Mira, Danae, creo que lo suyo sería llamar a una ambulancia o un coche fúnebre o algo así.

Me acarició el brazo, arriba y abajo, con un ritmo suplicante.

—¡Pero, Tookie! Escúchame. Con cuidado. ¡Escúchame con atención!

Desvié la atención. Las caricias eran tan agradables. Al final, consiguió atraer mi mirada hacia ella y me habló como si la niña insensata fuera yo.

—Entonces, ¿Tookie, cariño? Mara y Budgie recayeron juntos y él ha muerto. ¿Y si te pones un vestido bonito? Ella dejará que lo metas en la parte de atrás del camión.

—Danae, los camiones van pintados con ciruelas y beicon, o con filetes y lechuga.

—¡Pues no dejes que vea el camión! Vas, lo levantas y te lo llevas. Él estará... —Por un instante Danae no pudo continuar. Se atragantó como un niño pequeño— seguro en un estado refrigerado. Y luego el dinero...

—Sí.

Mi cerebro se aceleró con la adrenalina del dinero y se me dispararon los pensamientos con furia. Podía sentir las neuronas echando chispas.

La voz de Danae se tornó dulce y susurrante.

—Eres grandota. Puedes levantarlo. Budgie es más bien menudito.

—Budgie era tan miserable como una rata —repuse, pero le daba igual lo que le dijera.

Estaba radiante detrás de sus lágrimas, porque se daba cuenta de que me disponía a cumplir su voluntad. En ese momento, el trabajo que yo tenía entonces tomó las riendas. Lectora de contratos. Eso era yo en ese momento. Una asistente legal a tiempo parcial que leía los contratos y definía los términos. Le dije a Danae que quería el acuerdo por escrito. Lo firmaríamos las dos.

Se dirigió directamente a la mesa y garabateó algo. Después, hizo algo mejor. Rellenó el cheque con un cero tras otro y lo agitó ante mis ojos.

—Ponte el vestido. Ponte guapa. Ve a buscar a Budgie y el cheque es tuyo.

Me llevó en coche hasta North Shore. Caminé hasta el almacén. Quince minutos más tarde, salía al volante de una furgoneta de reparto. Llevaba tacones, un vestido de noche negro, dolorosamente ajustado, y una chaqueta verde. El pelo peinado hacia atrás con laca.

Danae me había maquillado en un santiamén. Lo más guapa que había estado en años. Llevaba un cuaderno, una carpeta de la pila de tareas escolares de la hija de Danae. Tenía un bolígrafo en el bolso.

¿Qué iba a hacer Danae con Budgie cuando lo tuviera? Me hacía esa pregunta mientras conducía a toda velocidad. ¿Qué demonios haría? No tenía respuesta. Las hormigas treparon bajo mi piel.

Budgie y Mara vivían justo al oeste de Shageg, la ciudad casino que hay en la frontera entre Wisconsin y Minesota. Ocupaban una cabaña gris y desvencijada. Aparqué en la calle, donde la furgoneta no llamaba tanto la atención. Un desplomado perro, mestizo de pitbull, encadenado en un cercado junto a la casa, levantó la cabeza. No ladró, lo que me dio escalofríos. Ya había tenido que lidiar con alguna que otra sorpresa silenciosa. Sin embargo, este se echó para atrás y se dejó caer. Puso sus ojos traslúcidos en blanco mientras yo pulsaba el timbre, que debieron de instalar en tiempos mejores. Desde el interior sonó un civilizado ding dong.

Mara buscó a tientas la puerta y la abrió de par en par. Me enfrenté a sus ojos enrojecidos e hinchados con una compasión un tanto distante.

—Te acompaño en el sentimiento.

Extendimos la mano y nos estrechamos los dedos, como hacen las mujeres, transmitiéndonos emociones, la una a la otra, a través de nuestras estropeadas uñas. Mara resultó curiosamente convincente para alguien que no sabía qué hacer con un cadáver. Sacudí su peinado retro al estilo Joan Jett. Al final resultó que tenía sus razones.

—Claro, pensé en llamar a los bomberos —explicó—. ¡Pero no quería la sirena! Se le ve tan tranquilo y contento. Y no me gustan los tanatorios. Mi padrastro era enterrador. No quiero que atiborren a Budgie a conservantes y parezca un muñeco de cera. Solo pensé en dejarlo ahí fuera... para el universo... y hacer un par de llamadas...

—Porque sabías que el universo respondería —contesté—. Devolverle a la naturaleza lo que es suyo es algo natural.

Cuando ella se hizo a un lado, entré en la casa. Parpadeó con sus desconcertados ojos de color verde avellana mientras me observaba. Asentí con la cabeza con una sabia cordialidad y me puse en modo vendedora, con las palabras saliendo de mi boca con la intuición de

lo que el comprador quiere de verdad. Por una parte, mi rostro de facciones grandes inspira confianza. Por otra, ello hace que se me dé muy bien intentar complacer a la gente. Pero, sobre todo, mi mayor habilidad es detectar las necesidades profundas de la otra persona. Tomé nota de las preguntas de Mara.

—¿Qué quieres decir exactamente con devolverle lo suyo a la naturaleza?

—No usamos productos químicos —respondí—. Todo es biodegradable.

—¿Y entonces?

—Un regreso a la tierra. Como pretendía nuestra psicoespiritualidad. De ahí nuestro nombre: «De la Tierra a la Tierra». Y árboles. Rodeamos a nuestro ser querido con árboles. Para que surja una arboleda. Nuestro lema: de la sepultura a la espesura. Puedes ir allí y meditar.

—¿Dónde está ese lugar?

—A su debido tiempo, te llevaré allí. Por el momento, debo ayudar a Budgie a emprender su viaje. ¿Puedes enseñarme dónde reposa?

Sentí vergüenza ante la palabra *reposa*; ¿me había excedido en zalamerías? Pero Mara ya me estaba mostrando el camino.

El dormitorio, en la parte trasera de la casa de Mara y Budgie, estaba atestado de paquetes abiertos —por lo visto tenían un problema en el que yo podía echar una mano—, pero lo dejé para más adelante. Budgie yacía boquiabierto sobre unas almohadas manchadas, con los ojos entornados con perplejidad ante la pila de recipientes de plástico que se amontonaban en un rincón. Parecía como si la muerte le hubiera pillado desprevenido. Le di unos impresos a Mara. Eran permisos para las excursiones escolares de la hija de Danae, que había cogido de un mostrador. Mara los leyó detenidamente y traté de disimular el pánico que sentía. Muy pocas personas leen los formularios oficiales; a veces me parece que soy la única, debido, por supuesto, a mi actual empleo. Por otra parte, a veces la gente los lee para aparentar, más con los ojos que con el cerebro. Eso era lo que hacía Mara. Esbozó una mueca de dolor cuando escribió el nombre de Budgie en el primer espacio en blanco. Después, firmó los impresos en la parte inferior con un aire de rotunda irreversibilidad, presionando con fuerza los palos de la «M».

Un gesto tan sincero me afectó. No soy una desalmada. Me dirigí a la furgoneta y rebusqué detrás de los refrigeradores de lácteos hasta donde sabía que habría una lona. Me la llevé y la extendí junto al cuerpo de Budgie. Todavía conservaba algo de flexibilidad. Llevaba una camiseta de manga larga debajo de una desgarrada camisa de Whitesnake, de imitación *vintage*. Lo empujé sobre la lona y conseguí enderezarle las piernas y cruzarle los brazos sobre el pecho como si fuera, digamos, un discípulo de Horus. Cerré los ojos inquisitivos de Budgie, y se quedaron cerrados. Mientras llevaba a cabo todo esto, pensaba: «Actúa ahora y siéntelo más tarde». Pero, cuando mis dedos le cerraron los párpados, me sobrecogí. No ver reacción en él nunca jamás. Necesitaba algo para sujetarle la barbilla. Lo único que tenía en la furgoneta era una cinta elástica.

—Mara —pregunté—, ¿prefieres que vaya a la furgoneta a buscar ataduras profesionales, o tienes un pañuelo que puedas regalarle a Budgie como muestra de tu amor en el otro mundo? Sin flores, a ser posible.

Me dio un largo pañuelo de seda azul con estrellas.

—Me lo regaló Budgie por nuestro aniversario —dijo, con voz muy tenue.

Me sorprendió, porque, hasta donde yo sabía, Budgie era bastante tacaño. Quizá el pañuelo fuera un regalo para pedir perdón de un cónyuge culpable que regresaba a casa. Envolví la cabeza de Budgie en el pañuelo para cerrarle la mandíbula y retrocedí. Me pregunté si tenía vocación. De pronto presentó un aspecto sabio y preternatural. Era como si no hubiera sido un gilipollas cuando estaba vivo, sino que solo lo hubiera fingido, y en realidad fuera un chamán.

—Es como si... lo supiera todo —observó Mara, impresionada.

Volvimos a entrelazar nuestros dedos. Todo aquello comenzaba a cobrar un significado estremecedor. Casi me vengo abajo y dejo a Budgie allí. Ahora, por supuesto, desearía haberlo hecho. Pero mi siempre confiable yo de vendedora se hizo cargo de la situación y mantuvo las cosas en su sitio.

—Muy bien, Mara. Voy a poner a Budgie en la siguiente fase de su viaje, y, por regla general, funciona mejor si el doliente se toma una taza de té y medita. No querrás retenerlo.

Mara se inclinó y besó a su marido en la frente. Después, se enderezó, respiró hondo y entró en la cocina. Oí correr el agua, imaginé que en una tetera, y coloqué a Budgie en la posición de rescate

de los bomberos. Mientras Mara preparaba su infusión, crucé la puerta con el cuerpo a cuestas, pasé por delante del deprimido perro mestizo y lo deposité en la parte trasera de la furgoneta. Tuve que quitarme los tacones y saltar a bordo para tirar de él desde dentro. La adrenalina ayudó, pero se me rompió el vestido. Me instalé al volante y lo llevé a casa de Danae.

Estaba esperando en la terraza delantera. Me bajé de la furgoneta. Vino corriendo hacia mí, pero, antes de entregarle a Budgie, agité los dedos. Sacó el cheque del bolsillo trasero de su pantalón vaquero, lo desplegó, pero dijo que primero tenía que ver el cuerpo. Se pasó la lengua por los labios carnosos y sonrió. Fue como darle la vuelta a una piedra.

Mi amor por Danae se desprendió de mí como un viejo pellejo. A veces una persona te muestra algo. Todo. Budgie había alcanzado una reflexiva dignidad. Danae estaba anormalmente ansiosa. No podía unir estas dos cosas. Dimos la vuelta hasta la parte trasera de la furgoneta. Introduje la mano y retiré la lona, pero me contuve de mirar a Budgie o Danae. Ella me entregó el cheque, y luego subió a su lado. Me aseguré de que el cheque estuviera debidamente firmado. Después, me alejé de la furgoneta, aliviada. A raíz de lo que hice a continuación, se puede decir que no soy una ladrona de cuerpos profesional, como se alegó más tarde. Me marché. Arrojé las llaves al asiento delantero de la furgoneta y me subí a mi pequeño y destartalado Mazda. En menos de lo que canta un gallo había salido de allí. Quiero decir, debería haberla ayudado a meter a Budgie en casa. Debería haber devuelto la furgoneta a escondidas. Un momento. No debería haberme llevado el cuerpo de Budgie en absoluto. Pero dejar el cadáver en el camión frigorífico fue, a la hora de la verdad, lo que más me perjudicó al final.

Eso, además de no comprobar sus axilas. En fin.

Todavía era media tarde, así que fui directamente al banco e ingresé el cheque. Menos la cantidad en efectivo que cubriría mi cuenta antes de que se liquidara el talón. Sesenta dólares. Con esos billetes de veinte dólares en el bolso, cogí el coche y me alejé, diciéndome a mí misma que respirara, que no mirara atrás. Fui al bar asador que solía frecuentar cuando estaba forrada. Se hallaba a unos cuantos kilómetros por la autopista, en el bosque. En el Lucky Dog, me pedí un *whisky* y un succulento entrecot. Venía con una ensalada de lechuga y una patata asada dos veces. Delicioso. Mis sentidos se abrieron.

La comida y el dinero me sanaron. El *whisky* mató a las hormigas. Era una persona nueva, una cuyo destino no sería terminar esta vida mirando con ojos entornados a un sinfín de barrigones. Una cuyo destino se había forjado en circunstancias inusuales. Reflexioné sobre mi estallido creativo. El negocio que se me había ocurrido sobre la marcha, De la Tierra a la Tierra, podría tener éxito. La gente buscaba alternativas. Además, la muerte era algo a prueba de recesión y no podía deslocalizarse y subcontratarse fácilmente en otro país. Sabía que habría leyes, obstáculos y normativas, pero con esta inversión inicial de Danae, podría buscarme la vida.

Mientras me planteaba mi prometedor futuro, se deslizó en el banco corrido delante de mí. Mi némesis. Mi flechazo alternativo.

—Pollux —dije—. Mi conciencia potawatomi. ¿Dónde está tu bonito uniforme de policía tribal?

Pollux había sido en el pasado un boxeador de intensa mirada. Tenía la nariz aplastada y la ceja izquierda hundida. Uno de sus dientes era postizo. Sus nudillos eran bultos desiguales.

—No estoy de servicio —respondió—. Pero estoy aquí por una razón.

Mi corazón dio un vuelco. Temí que la presencia de Pollux respondiera a la necesidad de prestar un servicio especial.

—Tookie —comenzó—, ¿sabes de qué va esto?

—¿Tenemos que dejar de vernos así?

—Supe que eras tú en cuanto vi la furgoneta. Qué original.

—Una cabeza pensante, esa soy yo.

—Por algo te envió la tribu a la universidad.

—Sí, así es —asentí.

—Una cosa te voy a decir. Te invito a otro *whisky* antes de meternos en todo el follón.

—Iba a comenzar un negocio precioso, Pollux.

—Todavía puedes hacerlo. En veinte años, como máximo. Hiciste un buen trabajo, de verdad. Los ojos estaban puestos en tus amigos. Si tan solo no se hubieran puesto histéricas y empezado a alardear de ti.

(¡Danae, Danae! Otra moneda de mi corazón).

—Estarás de broma con lo de los veinte años. Hala, tengo miedo. ¿Has hablado con Mara?

—Sí, elogió tu servicio, tu compasión, incluso después de que le dijéramos que Danae estaba detrás de todo.

—¿En serio?

Me alegré, incluso dadas las circunstancias. Pero él no admitió que fingía intimidarme.

—Pollux, dale un respiro a tu vieja amiga Tookie. Y, oye, ¿cómo que veinte años?

—Oigo cosas —contestó—. Podrías... Vamos a ver, con tus antecedentes. Nunca se sabe. Podría caerte el doble.

Ahora yo intentaba no hiperventilar. Sin embargo, faltaba algo. Un delito.

Pollux me observó con ojos sombríos y tristes bajo su frente surcada de cicatrices. Me clavó la mirada en el nervioso y enfangado corazón. Pero ahora advertí que se estaba debatiendo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué esos putos veinte años?

—No me corresponde a mí dilucidar si sabías o no lo que Budgie llevaba encima.

—¿Llevaba encima? Lo que solía llevar, mierda de tragedia. No has respondido a mi pregunta.

—Ya sabes cómo va la cosa. Pero ayudaría que no ingresaras ese cheque.

—No soy estúpida. Por supuesto que ya lo ingresé.

No dijo nada. Nos quedamos sentados un rato más. Bajó su ceja dañada. Bebió un sorbo de *whisky* y clavó sus ojos tristes e inquisitivos en los míos. Mientras que bajo algunas luces yo podría resultar llamativa a la manera de la chica terrorífica de *Hell Girl*, Pollux podría considerarse definitivamente feo bajo cualquier tipo de luz. Sin embargo, eso, como hombre, como luchador, no le resta muchos puntos. Se le considera robusto. Apartó la mirada. Ya sabía yo que era demasiado bueno para que durase el que me mirase así.

—Ahora dime —insistí—: ¿veinte años?

—Al final lo hiciste a lo grande, Tookie.

—Fue un cheque sustancial. Estaba pensando en obras de caridad, ¿sabes? Después de los gastos del negocio...

—El cheque, no, aunque también contará. Pero, Tookie. ¿Robar un cadáver? ¿Y lo que llevaba encima? Eso es más que un gran hurto. Más la furgoneta...

Casi me atraganté. Bueno, en realidad me atraganté. Incluso se me saltaron las lágrimas. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiera estar cometiendo un delito. El hurto mayor suena muy bien, a no ser que ya sea tarde.

— ¡Pollux, no estaba robando! Estaba trasladando un cuerpo. Le hacía un favor a una amiga. De acuerdo, sí, tomé prestada una furgoneta. ¿Qué se suponía que debía hacer cuando ella no dejaba de gritar: «Budgie, mi alma»?

— Vale, Tookie. Pero cobraste el cheque. Además, era una furgoneta refrigerada. Como si quizá estuvieras pensando en extraer varios órganos del cuerpo.

Me quedé sin habla.

Pollux me invitó a ese trago.

— Eres de lo que no hay — dije al final —. Además de un potawatomi. Somos parientes tribales.

— Y amigos — añadió Pollux —. Seguramente nos remontemos a otra era. Evolucionamos juntos sobre el lomo de una tortuga. Ay, Tookie, mi eterna...

— ¿Eterna qué?

No respondió. Volví a preguntar.

— La reduciremos — contestó —. Intercederé por ti. Quizá podamos llegar a algún tipo de trato. No creo que el robo de cuerpos vaya a ser un delito tan tremendo. Y tú no sabías...

— Genial. ¿Por qué es un delito? Es solo Budgie.

— Lo sé. Y lo de los órganos...

— Eso es una tontería. No estaba lo bastante fresco como para venderlos.

Pollux me fulminó con la mirada y me instó a no decir nada semejante en el juicio.

— No se aplicará la justicia tribal — continuó —. Esto va a nivel federal. La gente de esas esferas no conoce tu sentido del humor. Ni tu encanto. Simplemente serás una india corpulenta y de aspecto malote, como yo. Aunque también...

Iba a rectificar. Le corté en seco.

— Solo que te hiciste policía tribal. Sabía elección.

— Podrías ser cualquier cosa — dijo Pollux —. Pones mi cerebro en ebullición. Haces que mi corazón — se tocó el pecho con delicadeza — se dispare. Que se me haga un nudo en las tripas. Es como si nunca hubieras aprendido que nuestras decisiones son las que nos llevan a donde estamos.

Nunca fueron pronunciadas palabras más verdaderas, pero fui incapaz de responder. Mis pensamientos me daban vueltas en la cabeza.

Nos miramos a los ojos. Me arremangué la chaqueta verde y extendí los brazos sobre la mesa. Fue entonces cuando sacó las esposas y me arrestó. Justo en ese momento.

No soy muy aficionada a la televisión, así que, mientras esperaba el juicio en la cárcel, aproveché mi llamada telefónica para pedirle a Danae que me trajera libros. Su número estaba fuera de servicio. Después, llamé a Mara y más de lo mismo. Para mi sorpresa, fue mi profesora de séptimo curso del colegio de la reserva quien acudió a mi rescate. Siempre pensé que Jackie Kettle había sido amable conmigo porque era su primer año como profesora y era muy joven. Pero resultó que seguía la pista de sus estudiantes. Se enteró de que yo estaba en la cárcel, fue a un mercadillo y compró una caja de libros a un dólar el ejemplar. Sobre todo, eran libros inspiradores, es decir, cómicos. Pero había dos o tres que parecían sacados de las lecturas obligatorias de primer curso de la universidad. Lecturas de antaño. Me dejaron tener una vieja *Antología de Norton de la literatura inglesa*. Me ayudó a salir adelante. No recibía muchas visitas. Pollux vino una vez, pero creo que rompió a llorar, así que eso fue todo. Danae me había arrastrado con su historia, lo que convirtió lo que hice en algo especial, que ella lamentaba mucho. La perdoné, pero no quería verla. De todos modos, la antología difuminó el paso del tiempo y pronto tuve que ver a L. Ron Hubbard. En efecto, nuestra tribu tenía un abogado defensor que era científico. Esto es lo que les sucede a los administradores de tierras. Pero no se llamaba realmente L. Ron Hubbard. Tan solo lo llamábamos así. Su verdadero nombre era Ted Johnson. Ted y yo nos reunimos en el mismo cuartucho lúgubre donde solíamos vernos. Ted Johnson era la persona más anodina del mundo, un triste desgraciado con trajes holgados de Men's Wearhouse y plastrones de los años ochenta, una media calva a la que le brotaba el pelo justo en la línea de las orejas y un mechón rizado que echaba para atrás constantemente. Tenía una cara redonda y sosa con unos ojos verdes completamente opacos y unas pupilas que semejaban dos agujeritos fríos como taladradoras. Por desgracia, no ocultaba una astucia preternatural.

—Tookie, estoy sorprendido.

—¿Tú estás sorprendido, Ted? La sorprendida soy yo. ¿Quién convirtió esto en un delito?